

# Algunos aspectos históricos y contemporáneos de la América hispana

Escribe: ENRIQUE DE GANDIA

El espíritu de la independencia hispanoamericana. La comparación del pensamiento norteamericano y del pensamiento hispanoamericano. El paralelismo del ideal de la libertad. La cultura norteamericana. El crecimiento de la democracia. El nacionalismo surgido de la guerra de secesión. El positivismo. Los problemas modernos de la educación de la juventud. América con una historia común. La comprensión de la historia norteamericana en la América del Sud. Las diferencias de las historias de los países americanos. Los nacionalismos. La historia intocable y dirigida. Los límites coloniales de las nuevas repúblicas. El problema de la forma de gobierno. El odio de las provincias argentinas a Buenos Aires. Sus causas. El rivadavismo y el rosismo. El problema de la aduana y de la capital. Las elecciones controladas. La lucha por el voto libre. Alem e Yrigoyen. Alvear. La revolución militar de 1930. José Félix Uriburu. Los presidentes sucesivos. La revolución libertadora. Sus aciertos y sus errores. El rapto de un presidente. La revolución a fecha fija. La suspensión de la Constitución. La actualidad.

Las naciones de la América hispana tienen el origen común de su descubrimiento, exploración, conquista y colonización. La madre patria, España, dejó en ella las huellas imperecederas de su cultura: lengua, religión, pensamiento política, amor al estudio, a la igualdad, a la justicia y a la libertad. España traspasó al Nuevo Mundo el alma de su historia milenaria, tan antigua como las cuevas de Altamira, el arte ibérico, la civilización grecorromana y la cultura de los godos, de los árabes y del cristia-

nismo. Los tres siglos de historia colonial o período hispánico que América tuvo la suerte de vivir le dieron una fisonomía, un carácter y un destino. Este destino fue el de su democracia y de su libertad. América fue desde los primeros instantes de su colonización la tierra de los hombres libres. Aquí se leía a Erasmo y Santo Tomás y, en el siglo XVIII, a los enciclopedistas españoles, como Benito Feijóo y Montenegro, y franceses, como los autores de la *Enciclopedia* famosa. Los despropósitos y horrores de la revolución francesa no tuvieron la más mínima influencia en la cultura ni en la independencia del Nuevo Mundo. Ha pasado el tiempo en que historiadores de cultura primaria confundían enciclopedismo con revolución francesa y suponían vivos en los instantes en que se cortó la cabeza a Luis XVI y a María Antonieta a pensadores que murieron muchos años antes del 1789. La cultura hispanoamericana fue esencialmente católica, cargada de erudición clásica y medieval e inspirada por el pensamiento teológico español que aseguraba, ante todas las cosas, la libertad y la responsabilidad del hombre. Fue este pensamiento que hizo posible la independencia, creó un odio ancestral hacia los despotismos e infundió un amor entusiasta hacia la democracia y la libertad.

Una comparación del pensamiento hispanoamericano con el norteamericano puede hacernos comprender los puntos de contacto y las diferencias que existen entre uno y otro. La historia de las ideas es una de las novísimas especialidades de las ciencias históricas. En la América del Sud está despertando. En los Estados Unidos cuenta con obras fundamentales. La historia de las ideas ofrece un campo de estudio inimaginado. No es la historia de un país, con sus innumerables episodios, bien o mal conocidos por cualquier lector. Todo ese panorama de las historias corrientes desaparece y, en su lugar, surgen las ideas que movieron a sus habitantes. La visión es totalmente nueva. Ella nos permite establecer un rápido paralelo con lo ocurrido en la América española. La América del Norte se pobló, principalmente, con hombres de ideas anticatólicas. Eran protestantes, calvinistas, puritanos, baptistas, anabaptistas, etcétera. Todos ellos se toleraban recíprocamente. Los católicos constituían ínfimas minorías. El Estado dejaba hacer. Así nacieron la separación de la Iglesia y el Estado, la libertad de cultos, la libertad de enseñanza y muchas otras libertades. La cultura fue amplia; pero, en este aspecto, el cultural, la América española tuvo ventajas sobre la América inglesa: sus imprentas, sus universidades, sus bibliote-

cas, su inmenso comercio de libros, fueron superiores y más antiguos en los dominios españoles. La misma libertad política era más efectiva en la América del Sud que en la América del Norte; pero, al par que reconocemos estos hechos, sobre los cuales haría falta un libro particularizado, comprobamos otro fenómeno más interesante: la América española cae en guerras civiles, revoluciones, tiranías y luchas incontables no bien alcanza su independencia y desaparece el orden que existía en el inmenso imperio hispanoamericano. En cambio, en la América inglesa, la independencia es el comienzo de una carrera sin fin hacia el autoperfeccionamiento, la paz y el verdadero dominio del mundo.

Este crecimiento lo vemos surgir a fines del siglo XVIII y superar al de la América española en el siglo XIX. La sed de aprender no tenía límites ni nada la satisfacía. Todas las corrientes tenían libertad de acción. Así se expandían, en forma paralela, principios admirables y teorías risibles. Lo mismo ocurría en religión. Esta libertad, que permitía triunfar a los mejores, dejaba avanzar las mejores doctrinas. Lo malo, lo absurdo, quedaba atrás. No sucedía lo mismo en la América del Sud, donde los gobiernos intervenían en la cultura, guiaban y dirigen todavía innumerables actividades culturales. Las mismas universidades libres, que en la América del Norte surgieron para impedir que el gobierno federal o los gobiernos provinciales tuviesen influencia en la educación del pueblo, son todavía discutidas en los países sudamericanos. Más aún: hay ministros de educación, como en la Argentina, de un sectarismo despreciable, que las suprimen. En Estados Unidos se temía las intervenciones que pedían, en alguna forma, poner trabas a la libre acción de la cultura. A lo único que se llegó fue a los exámenes de capacitación, para asegurar un mínimo de conocimientos en las carreras profesionales. Desde entonces, las universidades libres y las universidades oficiales marcharon a la par.

Librados a sí mismos, los Estados Unidos pensaron en formar su propia cultura para independizarse de la tradición inglesa. Igual cosa ocurrió en muchos países sudamericanos; pero el esfuerzo que realizaron los norteamericanos no tiene comparación. Exploraron su propio territorio y llevaron las investigaciones a las regiones más lejanas de la tierra. Este milagro lo hizo el dinero; pero de nada habría valido la potencialidad económica si la libertad de las ideas no lo hubiera permitido. Los sudamericanos hemos traído nuestras ideas religiosas y políti-

cas a la cultura y a la acción administrativa. El estudio de la historia siente fuertemente estas influencias. La divinización de los héroes llega al extremo de que todos deben haber sido, aun a la fuerza, católicos perfectos. Si se descubre que alguno de ellos fue masón, no faltan coroneles de asombrosa ignorancia que sostienen cincuenta errores para demostrar lo contrario. En Estados Unidos estas presiones no se advierten con la intensidad que se nota en nuestras tierras. Las mismas rivalidades que en la América del Norte hubo y hay entre sectas y tendencias hacen que el afán de superarse, recíprocamente, produzca resultados realmente sorprendentes en la cultura, en la ciencia y en todas las ramas del saber y de la potencia nacional.

La historia de las ideas nos muestra el crecimiento de la democracia, del verdadero espíritu que hizo posible el gobierno del pueblo por sí mismo. Es un complejo de ideas religiosas, filosóficas, económicas y políticas, basadas, todas, en la más plena libertad de acción, que no siempre se encuentra en la América española. En Estados Unidos, las libertades del mundo se dieron cita para ayudarse las unas a las otras. La revolución francesa fue el acontecimiento mundial que menos influyó. Después de haber sido, en cierto modo, preparado por el ejemplo de la libertad estadounidense, cuando se conoció en la América del Norte en toda su dramática verdad, produjo horror y recibió las repulsas más terribles. Fueron las ideas románticas, solialistas, industrialistas y mercantilistas posteriores las que dieron vida al utilitarismo, humanitarismo y nacionalismo norteamericanos.

La mujer fue igualada al hombre. La esclavitud, aunque tarde, recibió golpes de muerte. La lucha de principios fue tan dura como los cañones. La cultura dejó de ser propia de la aristocracia para extenderse a todas las capas sociales. Una enorme transcendencia tuvo en Estados Unidos la guerra entre nordistas y sudistas. Un nuevo nacionalismo surgió sobre las brasas de esa guerra. Otro problema lo constituyó la creciente inmigración católica. Vinieron, luego, la lucha contra los indios, la fiebre del oro, el delirio de los negocios, que convirtieron a Estados Unidos en el país de los hombres más ricos del mundo. Estos hombres no se entregaron, exclusivamente, a los goces del dinero. Hicieron cultura. Se estudió profundamente. Las religiones fueron analizadas a fondo. Surgieron nuevas filosofías. Los conocimientos más especializados se profesionalizaron y popularizaron. Los propósitos de mejorar cada vez más el orden social

se abrieron camino. Hombres de negocios se aliaban a políticos para realizar operaciones ventajosas. Pero pronto aparecieron los diarios y las revistas de "trapos al sol" y las denuncias hicieron conocer tremendas verdades. Era la libertad que permitía la lucha abierta contra los abusos de políticos y malos comerciantes e industriales. El pueblo juzgaba y obligaba a las autoridades a intervenir. Así llegaba la justicia.

En la América española la marcha de las ideas y de la cultura puede compararse a la de los Estados Unidos en una proporción inferior. Menos habitantes; más presiones religiosas; menos libertad; pero, junto a estas desventajas, hombres de talento y de voluntad férrea, a menudo separados entre sí por odios personales, que lucharon por la verdad y por la libertad. En muchos países hispanoamericanos el positivismo tuvo momentos de triunfo. Ello permitió alcanzar objetivos que, sin él, habrían quedado mucho tiempo en las sombras. El positivismo ha sido superado; pero, por ejemplo en la Argentina, las universidades libres aún son controladas por órdenes religiosas a través de la pantalla del Estado o de algún ministro. Apenas se aborda el estudio de la ciencia de las religiones. El divorcio absoluto ha quedado en suspenso. Hay leyes que mantienen fijos los alquileres mientras la inflación avanza en todos los aspectos.

En Estados Unidos inquietan los problemas modernos del cine, de las revistas de aventuras, de crímenes y pornográficas. Esta literatura hizo un gran daño al país y lo hace adonde llega traducida o imitada. En Sud América, algunos países no le ponen ningún freno. En otros se toman débiles medidas de contención.

Las corrientes políticas, hoy aplastadas, del nazismo y del fascismo, tuvieron en Estados Unidos sus adeptos. En un principio convencieron a ingenuos o idealistas. Pronto la reacción las anuló. Fue una breve lucha entre la tradición liberal y una fascinación modernista. En Sud América, estas corrientes tuvieron fieles entusiastas. Más aún: se les quiso hallar antecesores nativos y se enaltecieron personajes siniestros, de ideales contrarios a los que hicieron la independencia americana, sectarios, absolutistas y despóticos, combatidos por los hombres más talentosos y realmente patriotas. Es una lucha con el pasado que intenta volver en sus alcances más sombríos por la obra de ignorantes y políticos psicológicamente anormales.

El problema de saber si las Américas tienen una historia común fue planteado por un ilustre historiador norteamericano, Herbert Eugene Bolton, en 1932, y desenvuelto por otro historiador no menos ilustre: Lewis Hanke. Quienes intervinieron en este análisis no lo ahondaron debidamente. Sólo Bolton y Hanke escribieron páginas de sumo interés. Bolton reaccionó contra la costumbre de estudiar, en forma aislada, las trece colonias inglesas y Estados Unidos. Esta forma de estudio oscurece la comprensión de los principales factores de su desarrollo y fomenta una nación de chauvinistas. Del mismo modo, no es posible comprender la historia de Europa estudiando únicamente la historia de algunas de sus naciones, ni la de la América hispana deteniéndose solamente en uno u otro de sus países, olvidándose de los demás. Bolton afirmó, con mucha razón, que cada historia local tiene un significado más claro al ser interpretada a la luz de las demás “y que mucho de lo escrito sobre cada historia nacional no es sino un hilo de una madeja mayor”.

Esta declaración fue una reacción, revolucionaria, contra lo pensado hasta entonces por la mayoría de los historiadores, no sólo de los Estados Unidos, sino de la América hispana. En cada región se suponía que su historia era independiente de todas las demás. En Estados Unidos existía muy poco interés por repúblicas donde las revoluciones eran continuas, donde el catolicismo ejercía un dominio exclusivo y donde muy poco, o nada, se sabía de la gran república del Norte. En los países hispanoamericanos se vivió siglos sin tener noticias, o muy débiles, de lo que sucedía en el Norte de América. La separación de la América anglosajona y de la América hispana fue casi absoluta. Por ello caen en fantasías indocumentadas los historiadores sudamericanos que aún creen en una influencia decisiva, en la independencia de sus países, del ejemplo de la revolución estadounidense. La leyenda negra en contra de España y de sus colonias del Nuevo Mundo hizo mucho daño a la verdad de la historia. Sus efectos perniciosos se hicieron sentir en la América del Norte, donde se consideró a Sud América, fuera de los años épicos de la conquista de México y del Perú, magistralmente evocados por dos historiadores norteamericanos, una tierra de indios salvajes y de conquistadores sanguinarios, primero, y de presidentes de opereta, que se mataban los unos a los otros para disputarse el mando de aldeas.

Debemos reconocer que hubo, en el Norte y en el Sud, un desprecio recíproco por sus historias y por sus políticas. En la América del Sud se ignoraba o se miraba con desdén un país de protestantes. En la América del Norte se comprobaba que las repúblicas americanas vivían en una perpetua anarquía. Su desorden se atribuía a la herencia española. No obstante, fue en Estados Unidos donde grandes bibliófilos reunieron colecciones admirables de libros sobre toda América, y en especial sobre los países de Centro y Sud América, y comprendieron que el continente americano tenía una historia común. Algo semejante sucedió en la América hispana. En la Argentina, Mitre formó una biblioteca americanista que aún hoy es digna de admiración. Vicente Fidel López y otros historiadores argentinos se dedicaron, como Mitre, a estudiar íntegramente la historia de América y Estados Unidos fue visto con simpatía y respeto. En Chile, en el Brasil y otros países no faltaron historiadores que abarcaran la historia continental con un gran interés. En Estados Unidos, en el mismo siglo XIX, se miró Sud América como un campo virgen que había que explorar. Interesaron las ruinas mayas, aztecas, chibchas e incaicas. Mitre compiló el catálogo, aún hoy no superado, de las lenguas americanas, y López buscó las raíces arias de los idiomas prehispánicos del Perú. La obra de Bolton, en Estados Unidos, su labor constante y amplísima en favor de una comprensión total de la historia de América, creó entusiasmos anteriormente desconocidos y dejó abierto un amplio camino por el cual transitan cada vez más los historiadores. En la primera mitad del siglo XX, fueron muchos los historiadores hispanoamericanos que adhirieron a sus ideas o coincidieron con ellas. Se llamó la atención sobre el hecho de que toda América hubiese declarado la guerra a la Alemania de la primera contienda mundial o algún país hubiese permanecido neutral. Más tarde, el tema perdió su primer interés. Nosotros intervinimos en la disputa, en 1941, y mostramos cómo la América del Norte, donde se levantan los Estados Unidos, y la América del Centro y del Sud, es decir, la América española, tuvieron y tienen una historia común por su geografía, por su colonización europea, que implantó en el Nuevo Mundo las culturas y pensamientos del Viejo Mundo, por sus ideales de democracia, de igualdad y de libertad, por las causas auténticas, y no las inventadas por historiadores de otros tiempos, que llevaron a la independencia política y por el destino presente y futuro que les une en los mismos intereses y en los mismos ideales.

Si se advierten diferencias profundas entre Estados Unidos y otros países de la América española, hay que reconocer que las historias de estos países centro y sud americanos tienen más diferencias entre sí que las que pueden señalarse entre Estados Unidos y la América hispana. Compárense unas cuantas repúblicas apartadas en el mapa americano o no tan apartadas, estudiéense sus historias y dígase, luego, que tienen en común. Tienen lo mismo que existe entre Estados Unidos y todas ellas: principios de política, de vida, que les dan un mismo aspecto histórico en la profundidad y en la superficie de su pensamiento. Cuando dos idiomas tienen una misma gramática, aunque sus vocabularios sean muy diferentes, esos idiomas son parientes. Por último, recuérdese, sin rencores, lo que los historiadores de una nación hispanoamericana dicen de otra nación de su mismo continente. Se atacan más, y a menudo se insultan más, los intelectuales de países hispanoamericanos que los de la América del Sud y los de la América del Norte. En Estados Unidos se estudia a fondo, actualmente, la historia del Canadá, del Brasil, y de las repúblicas hispanoamericanas. Sus estudiantes y sus investigadores hacen viajes especiales para documentarse en los archivos de la América española. Otros, hace tiempo, han copiado íntegramente, en microfilms, el Archivo General de Indias, de Sevilla. ¿Cuántos son los historiadores de habla española que conocen a fondo la historia del Canadá, de Estados Unidos o del Brasil? Pertenece a todas las Academias de Historia de América y conocemos a muy pocos. Hemos propuesto en una institución histórica argentina de suma importancia la redacción en colaboración de sus miembros de una historia de América y nuestro proyecto fue desechado por la incapacidad de sus ilustres integrantes de llevarlo a cabo. El mismo Brasil, con su historia portuguesa e imperial, casi sin revoluciones internas y sin preocupaciones raciales —tal vez por estar constituido por tantas razas— está más alejado de la historia de las naciones hispanoamericanas que los Estados Unidos. ¿Y qué podemos decir de un Haití? No obstante, repetimos, en todos estos países existió y existe el mismo ideal de derechos humanos que da una fisonomía única a toda América.

Otro problema histórico que los americanos deben tener en cuenta para comprenderse es el de sus nacionalismos. Las fronteras han creado nacionalismos estatales y nacionalismos provinciales. En algunos países, como en la Argentina, han comba-



tido más las provincias entre sí que la nación con otras naciones. Los nacionalismos deben existir porque constituyen fuerzas unificadoras, estimulan el amor a la historia y a las propias culturas y tienen otras muchas virtudes; pero también encierran, engendran y expanden, odios injustos hacia vecinos provinciales o de otros países. Estos odios, a menudo intensos, son siempre infecundos. Dan origen a incomprendimientos, a separaciones y a injusticias. No es posible encontrar dos países en América que no tengan sus buenos odios nacionalistas. Sólo un conocimiento amplio y exacto de la historia puede suavizarlos.

Los nacionalismos coinciden con los heroísmos de algunos próceres. Todas las naciones de América tienen sus próceres, sus héroes nacionales. Algunos pretenden que sus héroes locales son héroes continentales, por no decir universales. Muy pocos son los que realmente alcanzan la categoría de héroes americanos. Los demás son héroes nacionales y provinciales. No obstante, todos se van haciendo sagrados y divinos. Hay héroes de los cuales no puede decirse más que elogios. Han dejado de ser de carne para convertirse en mármoles o bronces. Muy raros son los que viven sus inmortalidades sentados. O están de pie o a caballo. Los guardianes de los héroes no admiten que se disipen las leyendas que los envuelven. Tienen que perdurar en el futuro con las fábulas y errores con que los elevaron a la gloria los historiadores de otros tiempos. Disipar alguna de esas fábulas o alguno de esos errores es considerado antipatriotismo. Los guardianes de héroes, por lo general hombres de cultura mediocre, fanatizados y a menudo pintorescos, denuncian en los diarios, como ataques a la nacionalidad, cualquier descubrimiento histórico o análisis crítico que representen en la figura espiritual del héroe la más insignificante modificación.

Es indudable que hay una historia de América como hay una historia de Europa, una historia de Asia y una historia de Africa. La historia de América vive unida a la historia de Europa y tiene contactos con todas las historias. Además hay que tener en cuenta que la historia de la América independiente es en sus fundamentos una continuación de la historia colonial o del período español. Los dominios franceses en la América del Norte dieron origen al Canadá. Las colonias de Nueva Inglaterra son el asiento de los actuales Estados Unidos. El reino de la Nueva España hoy se llama República de México. La Capitanía General de Guatemala se ha convertido en las cinco repúbli-

cas centroamericanas. Las colonias portuguesas son el Brasil. Las Capitanías Generales de Venezuela y de Chile son las repúblicas de estos nombres. Los virreinos de Nueva Granada, del Perú y del Río de la Plata han hecho nacer las repúblicas de Colombia, del Perú, del Ecuador, de Bolivia, de la Argentina, del Paraguay y del Uruguay. Las últimas cuatro nacieron de intendencias del virreinato. Todo en la América independiente está unido a la América española. Las divisiones raciales de blancos, indígenas, negros, mestizos y mulatos, con los extranjeros inmigrantes, aparecieron con las mezclas de las primeras poblaciones europeas y se continúan en la actualidad. En estos grupos tenían y tienen su importancia las clases de los estancieros o terratenientes, mineros, industriales, comerciantes, funcionarios, campesinos, obreros, sacerdotes y militares. Todos desempeñan sus funciones, todos son útiles a la sociedad. Los trabajos que se realizan en unas tierras no se conocen en otras. Las llanuras no tienen minas, las minas no tienen ganados o agricultura. Nacen industrias, muchas, que compiten con las extranjeras hasta que la alianza de España con Inglaterra, a raíz de la revolución contra Francia del 2 de mayo de 1808, abre los puertos al comercio inglés, llegan mercaderías buenas y baratas y las industrias hispanoamericanas no pueden sufrir la competencia y entran en plena declinación. Los obreros, los campesinos, muertos de hambre, se enrolan en los ejércitos y se dedican a la guerra civil. Vino la independencia, con sus guerras interprovinciales e internacionales. La independencia se hizo por amor a la libertad, el parlamentarismo, a la Constitución, al derecho de todo hombre de exponer sus ideas, instruirse, trabajar, comerciar y vivir a su gusto, sin inquisición, sin tiranías. No se hizo por rivalidades u odios raciales ni intereses comerciales.

Lograda la independencia, las nuevas naciones eligieron la forma republicana de gobierno porque las ambiciones políticas de las mayorías veían en ella muchas posibilidades para alcanzar el poder y el gobierno. No las encontraban, en cambio, en la monarquía. En la Argentina, la mayoría de sus primeros grandes hombres fueron monárquicos: San Martín, Belgrano, Pueyrredón, etcétera. No faltaron los arrepentidos, como Alvear y otros, que, cuando creyeron sucumbir bajo una expedición española de veinte mil hombres se apresuraron a pedir perdón al rey de España y someterse a su voluntad o estuvieron dispuestos a entregar el país a Gran Bretaña. Pasados estos momentos, ale-

jado el peligro de un retorno a España, por la revolución de Rafael del Riego, en Cádiz, el primero de enero de 1820, los políticos americanos se encontraron con el problema de su propia organización.

La Argentina ofrece un ejemplo único en este sentido. Cada provincia quiso administrarse por sí misma. Se temió un gobierno común y central por la sencilla razón de que ese gobierno iba a instalarse en Buenos Aires e iba a ser ejercido por hombres de Buenos Aires. Esta ciudad tenía un privilegio inigualable: el puerto, y el puerto, la aduana, y la aduana, impuestos que constituían una fuente de riqueza. La riqueza de la aduana de Buenos Aires se quedaba en esta ciudad y en su provincia. Los políticos de Buenos Aires no la repartían entre las provincias. Por ello las provincias detestaban a Buenos Aires. Montevideo, la Asunción, el alto Perú y trece provincias argentinas estuvieron en contra de Buenos Aires y poco a poco se alejaron definitivamente de esta ciudad o estuvieron a punto de separarse en forma definitiva. Ciertamente es que en las separaciones e independencias del Uruguay, del Paraguay y de Bolivia intervinieron otras fuerzas y otras causas, como ser, en los primeros tiempos, su adhesión al Consejo de Regencia, de Cádiz, y, más tarde, la intervención de caudillos federales; pero no puede negarse que la rivalidad del interior con Buenos Aires, por la exclusividad que esta ciudad hacía de su aduana, puso al país al borde de la descomposición en catorce republiquetas.

La historia argentina no es la historia de las otras naciones de América. Es una historia tal vez más complicada y que ofrece ejemplos más lúcidos de lo que fue en América la lucha de la libertad y de la antilibertad.

Buenos Aires tuvo entre sus gobernantes a un hombre a quien mucho se ha endiosado y el cual aún hay que analizar a fondo: Bernardino Rivadavia. Sin entrar en su biografía, exponemos que a él se debe la organización de la provincia como si fuera una nación. Juan Bautista Alberdi es el mejor de sus intérpretes. Él ha explicado muy bien cómo preparó la máquina burocrática que heredó Juan Manuel Rosas y convirtió a Buenos Aires en dueño de los ríos, del comercio, de la riqueza nacional, del destino del país. El rosismo encerró todos los males y no tuvo una sola ventaja ni una sola virtud para el país. Los caudillos que se postraron frente a Rosas lo hicieron por cobar-

día y por la vanidad de permanecer en el mando de sus provincias todo el tiempo que les fuese posible. El país vivió, durante la época rosista, sin Congreso, sin Constitución, sin capital, sin un gobierno central, con los ríos clausurados, con el comercio interior paralizado, sin libertades de ningún género, con el degüello a cada instante, con conflictos provocados artificialmente con otras naciones y con el terror más grande. San Martín, héroe nacional, tuvo que vivir expatriado en el extranjero por la repugnancia que le causaba tener que vivir en un país con semejante gobierno y estado de cosas. No obstante, fue tan patriota que, al creer, sinceramente, que Rosas defendía la integridad del país frente a ambiciones extranjeras, tuvo el gesto inigualable de donarle su espada en su testamento. Francia e Inglaterra, que bloqueaban el Río de La Plata, no atentaban contra la Argentina ni contra América, como difundía Rosas en su propaganda calumniosa: defendían la autonomía, la independencia del Uruguay invadido sin ninguna razón por el tirano de Buenos Aires.

Después de Rosas, después de Caseros, un hombre que, en una época, como otros muchos, había creído en las promesas de Rosas —Justo José de Urquiza— y luego lo había derribado, tomó la tarea enorme de organizar el país: le dio un Congreso y una Constitución. La Constitución, inspirada por el modelo de Alberdi, fijó como capital federal del país, o sea, de todas las provincias argentinas, la ciudad de Buenos Aires; pero los hombres de esta ciudad y de esta provincia no se resignaron a perderla. Buscaron excusas, algunas muy razonables, y se opusieron a la organización definitiva de la nación con la capital en Buenos Aires. Vino una lucha entre esta provincia, convertida en Estado, y el resto del país, transformado en Confederación Argentina. Ningún otro país de América ofrece un ejemplo semejante de guerra de esta naturaleza por culpa o por razón de una ciudad que se quiere y no se quiere convertir en capital de la nación. Los sucesores de Rosas en Buenos Aires, sus más grandes enemigos y los campeones de la libertad, continuaron la política rivadaviana y rosista de conservar la ciudad de Buenos Aires como capital de la provincia. El país vivió sin capital, con el gobierno instalado provisionalmente en la capital de la provincia, hasta el año 1880 en que el presidente Nicolás Avellaneda, tucumano, aprovechó una revolución del gobernador de Buenos Aires, Carlos Tejedor, que aspiraba a la presidencia, para

favorecer la candidatura de otro tucumano, el general Julio Argentino Roca, y poner en práctica la prédica constante, ininterrumpida, insistente, de día a día, de otro tucumano, Juan Bautista Alberdi, y declarar a Buenos Aires, por resolución del Congreso, capital federal de la República Argentina. Los ferrocarriles habían dado una unidad material, comercial, económica, a la Argentina. El Código Civil de Vélez Sarsfield había dado una seguridad a la familia argentina, y la Capital Federal dio una cabeza a la República Argentina. El país había cumplido las aspiraciones de mayo y de julio al derribar a Rosas, al darse una Constitución y, por fin, al darse una capital.

Organizada la República Argentina, las luchas políticas continuaron con otros fines y otro aspecto. Ya no fueron internacionales, como la sostenida con el Brasil, que nos significó la pérdida del Uruguay, ni como la del Paraguay, que no trajo una pulgada de terreno, sino muertos y millones de pesos perdidos inútilmente. Fueron luchas por el poder entre una clase dirigente, la que puede llamarse conservadora, que en realidad construyó el país en toda su grandeza, y una clase que aspiraba al poder por medio de la voluntad popular, es decir, el voto obligatorio, libre y secreto.

La Argentina había conseguido todo lo que una nación moderna puede aspirar y necesitar. Le faltaba el triunfo de la democracia absoluta. Era una aspiración tan vieja como su historia. La había disfrutado en Buenos Aires desde el 1538, con la real provisión de Carlos V, del año anterior, que trajo Alonso Cabrera para que los pobladores de Buenos Aires pudiesen elegir un gobernador cuando así lo quisiesen. Fue un derecho legal que tuvieron los pobladores de la provincia de Buenos Aires desde el 1821. Alberdi y Echeverría sostuvieron siempre que el voto del populacho fue lo que permitió la ascensión de Rosas. En verdad, no fue el voto, sino la presión del propio Rosas. Pero en los años siguientes la tradición del voto para todos los habitantes del país se perdió. Las elecciones eran farsas electorales. Los votos se daban por temor, por obligación, por compromisos o por dinero. Se compraban y se vendían. Se inventaban y falsificaban. Cada partido tenía sus hombres de lucha que se imponían en las elecciones. Por ello triunfaban los ricos, los hacendados, los grandes comerciantes. El destino del país estaba entre unas cuantas familias poderosas. Estas familias, que a veces andaban de acuerdo y otras veces se detestaban, no mal-

gastaban las rentas nacionales, no robaban, no malversaban el dinero del país. Hacían grandes obras. Hicieron todo lo que la nación tiene de duradero y transcendental. Por ello los conservadores pueden decir, en sus campañas electorales: "Nosotros hicimos el país". Sus adversarios comenzaron a actuar con el político, abogado y también poeta, Leandro Alem, que terminó suicidándose al ver sus esperanzas perdidas con el triunfo de un general conservador como Roca. Alem fundó el Partido Radical. Este partido quería sanear las finanzas, quería imponer un orden que en realidad no era necesario, pues no había desorden. Quería salvar al país de una crisis que empezó a hacer estragos y que no fue sólo argentina, sino americana y mundial. Por ello levantó una revolución que fue vencida y luchó por el voto obligatorio, libre y secreto.

Muerto Alem, tomó la bandera del voto libre su sobrino, un político que nunca escribió poesías, ni pronunció un discurso, ni se recibió de abogado, ni hizo campañas de propaganda electoral. Vivía en el secreto, con hijos sin haberse casado, con amigos que lo idolatraban y con enemigos que le daban los nombres de santón, peludo, ano santa "Madre María", por una señora a la cual hasta se le atribuyen milagros. Su nombre fue Hipólito Yrigoyen. Una tradición que, como es lógico, no puede confirmarse y tal vez no pase de una leyenda o calumnia, decía que era hijo natural de Juan Manuel Rosas. Lo cierto es que Yrigoyen formó un partido poderoso, ciego en su fidelidad al Peludo—nombre de un animal que vive encerrado en una cueva—, dispuesto a todas las revoluciones hasta conseguir el voto libre y, con él, la presidencia para Yrigoyen y el gobierno del pueblo por el pueblo y para el pueblo.

Los ideales del yrigoyenismo fueron espléndidos. Convencieron a un presidente de raigambre conservadora, el doctor Roque Sáenz Peña, el cual logró que el Congreso aprobara la ley del voto obligatorio, libre y secreto en 1912. La primera elección fue en 1914 y el triunfo de los diputados radicales fue completo. La segunda elección fue en 1916 y en ella triunfó con gran mayoría de votos Hipólito Yrigoyen. El país había necesitado cuatrocientos años de historia, desde el 1516 en que fue descubierto el Río de la Plata, y cien años de historia independiente, desde el 1816 en que se declaró la independencia nacional, para poder elegir libremente un presidente de la nación.

El gobierno radical fue discutido por los conservadores que perdieron el dominio del país. Asombró y extrañó la ascensión política de ciertos personajes que en otros tiempos, por su sencillez, jamás habrían ocupado los cargos que desempeñaron. Yrigoyen se mantuvo neutral en la primera guerra mundial. Era el jefe indiscutido de su partido y del gobierno. Hizo posible la elección de su sucesor, un abogado radical, pero de educación e ideas conservadoras, descendiente del prócer Carlos de Alvear, que se llamó Marcelo Torcuato de Alvear.

El nuevo presidente era la antítesis de su predecesor, correccionista y amigo. Yrigoyen no hizo un viaje fuera del país. Alvear pasó gran parte de su vida en el extranjero y en París. Casó con una cantante eximia, la señora Regina Pacini, y estuvo en contacto continuo con artistas, pintores, escritores, sabios. Era un gran señor y un gran político. Su presidencia fue excelente. No continuó los métodos de Yrigoyen y sus ministros fueron hombres capaces y respetables. Al final de su gobierno, la influencia de Yrigoyen seguía poderosa y su partido lo llevó por segunda vez a la presidencia. Pero Yrigoyen no era el mismo de otros tiempos ni tenía a su lado a los hombres buenos que lo habían acompañado en su lucha de tantos años por un ideal noble, que había arrastrado a gran parte del país. Aquel ideal se había cumplido. La misión del partido había terminado. No tenía otros proyectos ni otros ideales. Había que gobernar, simplemente, y gobernar, en un país sin problemas internos ni externos como era la Argentina en aquellos años, consistía en hacerlo honradamente y ordenadamente. Yrigoyen fue hombre de una honradez increíble e insuperable. Vivía con una modestia impropia de un presidente y de un funcionario mediocre. Por algo lo llamaban el santón. Las condecoraciones de gobiernos extranjeros las guardaba en un cajón de una cómoda, sin darles ninguna importancia. No sabía de lujos ni de banquetes ni de exhibicionismos. En cambio sabían muy bien de estas cosas los políticos que lo rodeaban. Además, Yrigoyen tenía la manía, aparte de un estilo inimaginable, que hay que leerlo para darse una idea de lo que era, de manejar el país entero en los detalles más insignificantes. Esto traía verdaderas paralizaciones en la administración y entorpecimientos de toda índole. Para colmo, se precipitó la crisis mundial de 1930. El país iba de mal en peor. Los conservadores atribuyeron todos los males al gobierno de Yrigoyen y de quienes lo rodeaban o secuestraban. Dijeron

que estaba viejo, reblandecido, etcétera, lo cual, en realidad, no era del todo cierto. Organizaron una revolución que se adelantó a otras preparadas en otras ciudades. Al frente de ella se puso un general talentoso, a quien el autor de estas líneas conoció muy bien: José Félix Uriburu. La revolución, con escasos elementos de ataque, estalló el 6 de septiembre de 1930. Yrigoyen no fue capaz de resistirla. Se refugió en un cuartel de La Plata, se entregó, fue llevado a la isla de Martín García y luego a su casa. Se le hizo un proceso injusto y absurdo. Murió unos años después y fue enterrado con el acompañamiento más numeroso y dolorido que jamás se vio en la historia de América.

La revolución militar de 1930 ha sido estudiada en sus pequeños pormenores y en sus consecuencias. Estas inauguraron los pronunciamientos modernos del ejército en un país que hizo gala del parlamentarismo, del voto libre y secreto y de otras lindezas democráticas. Es difícil declararse a favor o en contra de esta y de las otras revoluciones que le siguieron. En teoría habría que sostener que las revoluciones son inútiles o funestas, que el pueblo debe comprender y reaccionar por sí mismo y liberarse, por medio del Congreso, de los mandatarios que considera inconvenientes. En la práctica se comprueba que el pueblo sostiene, adula y endiosa a gobernantes indignos, a demagogos que lo engañan y lo roban al par que le regalan un pan dulce o una botella de vino. El pueblo no siempre elige con acierto. La verdadera democracia, o sea, el gobierno del pueblo, es substituída por la olocracia, es decir, el gobierno de la peor parte del pueblo. Esta parte irresponsable, delincuente, insensata, llena de odios, de envidias, de deseos de venganza y de hacer el daño por el morboso placer de realizarlo es la que lleva a países prósperos a una verdadera ruina. El ejército, compuesto por jefes que han estudiado, que saben obedecer y cumplir órdenes, que han viajado, que tienen un patriotismo y una responsabilidad nacional y personal, es a menudo el salvador de los países que caen en manos de la peor parte del pueblo, de quienes desean su ruina con tal de disfrutar un día de holgorio. El ejército es, en estas ocasiones, el salvador. Por ello es fácil condenar a las revoluciones y también es injusto el hacerlo sin examinar previamente las razones que las incubaron.

Uriburu gobernó un año y dejó el país entregado a la voluntad de los votantes; pero prohibió el regreso y la presentación, en las urnas, de los radicales por la seguridad de que ven-



cerían y llevarían otra vez al poder a hombres que consideraba nefastos. Triunfó en 1932, un general e ingeniero que hizo un gran bien al país: Agustín P. Justo. No lo olvidaremos. Sus conversaciones con historiadores revelaban a un hombre estudioso, patriota y bondadoso. Formó una biblioteca americanista de enorme valor. Hizo obras públicas que son el orgullo de Buenos Aires. Tuvo un intendente que abrió la avenida 9 de Julio, la General Paz y otras, levantó el obelisco, con motivo de la celebración del cuarto centenario de la primera fundación de Buenos Aires —tuvimos en nuestras manos la secretaría general de la comisión nacional de homenaje—, el monumento a don Pedro de Mendoza, etcétera.

En 1938 fue elegido presidente el doctor Roberto M. Ortiz. Murió en 1942 y le sucedió el vicepresidente Ramón S. Castillo. Se empeñó en mantener la neutralidad frente a la segunda guerra mundial. Su actitud fue fuertemente censurada. El partido conservador preparaba una elección fraudulenta. El pueblo se sentía decepcionado. En el ejército se preparó una revolución que estalló el 4 de junio de 1943. Su jefe era el general Arturo Rawson. A los dos días fue substituído por otro general, Pedro Pablo Ramírez. Este rompió las relaciones diplomáticas con Alemania y el Japón. Una tercera conspiración militar —golpes de palacio— entregó el poder al general Edelmiro J. Farrell. Hemos tratado a todos estos señores. Sus inspiraciones eran buenas; pero las presiones que los rodeaban los obligaban a tomar caminos que por su voluntad no habrían seguido. Farrell tuvo que soportar en la secretaría de trabajo y previsión a un coronel demagogo que daba siempre la razón a los obreros: Juan Domingo Perón.

La historia de este personaje levanta muchas irritaciones. Desde un primer instante, advertimos y anunciamos los males que traería. Fanatizó a las masas obreras con su oratoria populachera, clara, convincente y rotunda. Fue encarcelado; pero el 17 de octubre el pueblo exigió su liberación. Desde ese instante se sintió y fue dueño del país. Las elecciones lo consagraron presidente el 24 de febrero de 1946.

Conocemos muy bien este período por haberlo vivido y tratado de cerca a sus principales protagonistas. En otras obras nuestras lo estudiamos detenidamente. En un artículo de divulgación, que no es precisamente para especialistas, no queremos

detenernos en pormenores. Decimos, tan sólo, que la política peronista y de su mujer dividió el país en bandos irreconciliables, de pobres y ricos o, mejor dicho, de peronistas y antiperonistas, porque entre los peronistas había muchos ricos y muchos pobres se hicieron, rapidísimamente, fabulosamente ricos. Perón y su partido tuvieron la triste habilidad de crear un sentimiento que no existía en el país desde los tiempos de Rosas: el odio. Se vivía entre temores de denuncias, de delaciones, de traiciones. Las personas de servicio doméstico, los obreros, los empleados, denunciaban a sus patrones de haber hablado en contra del presidente o de la presidenta y la cárcel era segura. No hubo penas de muerte. Hubo persecuciones, ruinas de industriales, comerciantes, etcétera, antiperonistas, oficialmente preparadas y llevadas a efecto. La propaganda en favor de la pareja gobernante llegó a extremos increíbles. Se la hallaba en los libros de lectura de los niños de las escuelas y en las partes más visibles e invisibles. La Iglesia primero fue adulada y estuvo a su lado. Luego, cuando dejó de ser grata a la pareja gobernante, las iglesias de Buenos Aires fueron incendiadas, los clubes aristocráticos y las sedes de los partidos políticos destruidos. Llegó el terror. Nadie se sentía seguro. El más ínfimo de los peronistas podía arruinar a una familia. El primer intento revolucionario fue el 16 de junio de 1955. Fracasó y produjo la quema de las iglesias, del Jockey Club, del Círculo de Armas y las sedes de los partidos políticos. El 16 de septiembre de 1955 estalló otra revolución en distintas partes del país. Su jefe fue el general Eduardo A. Lonardi. Perón fue depuesto el día 20, se refugió en una cañonera paraguaya y buscó asilo en La Asunción. Poco después viajó a diferentes ciudades del Caribe y terminó por vivir en España donde maneja una inmensa fortuna.

La presidencia del general Lonardi, eximio caballero, no agradó desde el primer instante por la presión clerical que lo rodeaba. Un movimiento interno lo obligó a renunciar y ocupó su lugar el general Pedro Eugenio Aramburu. Fue su vicepresidente el mismo de Lonardi: el almirante Isaac F. Rojas, uno de los hombres que con su actitud valiente y decidida, al frente de la escuadra, hizo posible el triunfo de la revolución y la caída de la segunda tiranía.

La revolución libertadora cometió el error de declarar, por boca del general Lonardi, que no había vencedores ni vencidos. Fue una frase que usaron otros personajes de la historia argen-

tina, pero que en esos momentos no era oportuna ni justa. Hubo vencedores y hubo vencidos; hubo hombres que debían juzgar y hombres que debían ser juzgados. Se constituyeron comisiones investigadoras que llegaron a resultados intrascendentes. Una turba de mediocridades, que no ocuparon puestos en el gobierno de Perón porque se rechazaron sus ofrecimientos, se presentó a pedir empleos y cargos. Se satisfizo a todos y se dejó en el olvido a quienes se habían negado a colaborar con el peronismo y habían pasado años de sacrificios luchando, al mismo tiempo, contra la tiranía. Las injusticias fueron muchas. Un intento de contrarrevolución, organizado por el general Valle y otros militares y civiles, fue sofocado con fusilamientos. La medida fue muy criticada y se habló de asesinatos, etcétera. No sabemos qué habría sido de Buenos Aires y del país si triunfaba la reacción peronista y las turbas exaltadas se hacían dueñas de la situación. Nadie dudó que la venganza habría envuelto en llamas a la ciudad. El orden se mantuvo, el peronismo quedó en silencio y los partidos políticos prepararon sus candidaturas. Es así como en las elecciones del 23 de febrero de 1958 dieron el triunfo al abogado y escritor Arturo Frondizi, hombre de talento, de gran capacidad y de hábil acción política. Su gobierno tuvo momentos llenos de acierto y otros discutibles. En general la presidencia de Frondizi merece elogios. No se olvide que encontró el país en momentos peligrosos, a la salida de una revolución y de un gobierno militar. Había que ordenarlo todo. Sus enemigos políticos o quienes no comprendieron su acción conspiraron y terminaron por exigirle su renuncia. Al no lograrlo, fuerzas militares lo apresaron y llevaron primero a Martín García y luego a Bariloche. Fue el rapto de un presidente. Su gobierno se extendió, jurídicamente, hasta el final de su mandato, pero ocupó la presidencia, colocado como figura decorativa, el vicepresidente doctor José María Guido. El general Juan Carlos Onganía empezó a destacarse. Dominó una revolución de unos generales que querían aplastar definitivamente a las fuerzas peronistas y permitió que se hicieran elecciones libres el 7 de julio de 1963. En ellas resultó triunfante el partido radical. Fue presidente el médico Arturo Illía, vicepresidente, el abogado Perette.

El nuevo gobierno tuvo un acierto en agitar la cuestión de las Malvinas. El ministro de relaciones exteriores, doctor Miguel Angel Zabala Ortiz, organizó conferencias y actos que demostraban los derechos incuestionables de la Argentina sobre

esas islas. Un hecho discutible fue la anulación de los contratos hechos con compañías norteamericanas para extraer el petróleo en el Sud de la Argentina. La medida entusiasmó a ese pueblo ignorante y a esos comunistas que insisten en que el petróleo, por ser argentino, debe permanecer debajo de la tierra. Cuando el país vende el petróleo a los Estados Unidos, no dicen que lo vende, sino que lo "entrega". Lo indudable es que ciudades patagónicas que habían alcanzado un extraordinario progreso con la explotación del petróleo, gracias a la colaboración norteamericana, se vieron de pronto, estancadas y en retroceso.

El gobierno del doctor Illía fue considerado "inoperante" por mucha gente. Empezó a circular la voz de que en tal fecha sería depuesto el presidente y, caso rarísimo, en la fecha por tanta gente indicada, sin que nadie tuviese una seguridad de ello, estalló una revolución militar que se redujo a rodear la Casa de Gobierno con unas tropas y en invitar al presidente a que se fuese a su casa. Fue el día 28 de julio de 1966. La revolución no interrumpió el tráfico ni molestó a nadie y muchísima fue la gente que se enteró de ella por los diarios.

El gobierno del nuevo presidente, el general Juan Carlos Onganía, comprendió que era necesario aprovechar la extracción del petróleo y volvió a hacer contratos con compañías norteamericanas. Al mismo tiempo disolvió todos los partidos políticos y declaró que el tiempo político llegaría después de otros tiempos: el social, el económico, etcétera. En política y en historia los proyectos y las profecías de largo alcance no siempre se realizan. El país vive momentos tranquilos y momentos de angustia, con los "cordobazos" y "rosariazos" de 1969, en que grupos de estudiantes, y hippies y comunistas estuvieron a punto de incendiar ambas ciudades. Las razones de estos exaltados para hacer tantos daños a dueños de negocios y casas de familia nunca fueron explicadas. Se trató, simplemente, de estallidos históricos de violencia, tipo anarquista nihilista, a menudo fomentados por elementos clericales de la nueva ola, que defienden el casamiento eclesiástico y hablan de fantásticas reestructuras sociales en que los inútiles tomarían el gobierno y ellos los dirigirían. El general Onganía pudo detener estos movimientos así como las huelgas de ferroviarios incendiarios que los acompañaron, cambió su ministerio. Algún día hablaremos de los ministros que cometieron el gravísimo error de cerrar la Universidad Bartolomé Mitre, de la ciudad de Olivos: infamia que no

olvidarán tres mil estudiantes y cuatrocientos profesores. Una de las excelentes medidas del gobierno del general Onganía fue reformar la funesta ley de alquileres, que tanto daño ha hecho al país desde los comienzos de la influencia peronista. La justicia pareció volver, pero alejado el ministro Borda, inspirador de la ley, elementos destructores de la economía argentina aconsejaron nuevas revisiones, nuevos plazos y nuevos perjuicios a los propietarios y a la industria de la construcción. Los inquilinos que pagan sumas irrisorias por casas que valen cien veces más siguen en ellas burlándose de los propietarios que viven en duras estrecheces. Al mismo tiempo ha causado pésima impresión el aumento exagerado de todo tipo de impuestos. La inflación, momentáneamente detenida, sigue aumentando.

El gobierno resolvió cambiar el valor de la moneda suprimiendo en ella dos ceros. Cien pesos son simplemente, uno, como en el año 1930. Todos los retornos a tiempos superados son siempre actos fallidos. Esperemos que esta medida no signifique una nueva e irrefrenable inflación. Los políticos no se detienen en sus intentos de volver a la normalidad constitucional. No han faltado militares que han intentado sublevaciones o han hecho conspiraciones. Todos fueron detenidos y dados de baja. No obstante, el pueblo no se preocupa mayormente por la falta del Congreso, la suspensión de la Constitución y otras medidas anormales. Sabe que esta situación es momentánea y que la tradición liberal argentina volverá a imperar como en los tiempos gloriosos de la república. En 1970, los tres jefes del ejército, de la armada y de la aviación se reunieron y decidieron decir al general Onganía que se fuese a su casa. El general que estaba seguro de gobernar durante largos años, con los consejos de su confesor, el padre jesuíta Mariano Castex, escribió una carta y dejó el gobierno. Su alejamiento fue más silencioso y causó menos interés que el del doctor Illía. A los pocos días, las fuerzas armadas designaron presidente al general de brigada Roberto Marcelo Levingston, que se hallaba en Washington como agregado militar a la embajada Argentina. El nuevo presidente consultó el futuro de su país con los ex-presidentes que, en distintas oportunidades, derrocó el ejército. Entre tanto, grupos político-criminales secuestraron al ex-presidente Aramburu y lo asesinaron. Estos criminales se autotitularon rosistas-peronistas. Los ejecutores están presos; los instigadores, en la sombra.